

El Gran Poder de la moda andina

Nicolás García Recoaro^(*)

Fecha de recepción: agosto 2023

Fecha de aceptación: octubre 2023

Versión final: diciembre 2023

Resumen: La chola boliviana representa mucho más que una forma de vestir: es símbolo de identidad, resistencia y cultura. Su atuendo, que combina influencias coloniales españolas con raíces andinas, ha sobrevivido siglos de discriminación, adaptándose a los tiempos sin perder su esencia. Las cholitas lucen polleras, mantillas y sombreros con orgullo, reivindicando su historia en mercados, calles, fiestas y hasta en las pasarelas. Durante los primeros años del gobierno de Evo Morales, se impulsó una revalorización de las culturas indígenas, fortaleciendo la presencia de las mujeres de pollera en espacios públicos, políticos y académicos. Pese a décadas de racismo y exclusión, las cholitas han consolidado su lugar en la sociedad boliviana, desde el desfile del Gran Poder hasta el ring de lucha libre en El Alto. La moda chola es costosa, pero representa tradición, poder y feminidad. En palabras de sus protagonistas, ser chola es un estilo de vida, una expresión de orgullo boliviano que no se deja arrastrar por modas efímeras, sino que sigue firme, altiva y deslumbrante, como un verdadero símbolo de mestizaje y fuerza femenina.

Palabras clave: Patrimonio Cultural - Tráfico Ilícito - Internacional - Arte - Museos

Resúmenes en inglés y portugués en la página 155]

La chola boliviana viste su historia –la otra historia–, esa historia morena que se escribe en los mercados y las callecitas empinadas del Tíbet sudamericano. “Las cholitas van a seguir usando sus polleras y sombreros porque visten nuestra cultura en sus ropas. Aunque venga la moda europea o americana, las cholitas nunca van a dejar de vestir su elegancia, y para que desaparezca esta moda no tendrían que existir más mujeres de pollera. Pero difícil es eso, es nuestra cultura, nuestra identidad”, me explicó en La Paz hace varios años Luigi Rodríguez, un sastre paceño con cinco décadas en el gremio. Don Luigi diseñaba faldas y mantillas para cholitas, en su pequeño taller de la calle Comercio, en la peatonal más populosa de la urbe sede de gobierno. Una verdadera declaración de principios de la eterna y renovada moda chola.

Corrían nuevos vientos en Bolivia: eran los primeros años de Evo Morales en el gobierno y las mujeres andinas vivían una inusitada revalorización. Bien lejos de las anoréxicas modelos de las pasarelas de París y Milán, las voluptuosas cholitas bolivianas dejaban claro que eran mucho más que damas de polleras. Pero toda historia tiene su inicio y las palabras de Elvira Choque, una paceña de largas trenzas y sonrisa dorada, pueden servirnos de epígrafe: “Ser chola es un estilo de vida que lleva mucho tiempo comprender”.

El imperio de las cholitas

En su libro *El imperio de lo efímero*, Gilles Lipovetsky explicaba que “la moda cambia sin cesar, pero en ella no todo cambia”. Lipovetsky lo decía haciendo referencia a la dilatada historia de los kimono nipones. En estos tiempos de fast fashion y modas descartables, parece difícil entender que los atavíos de las cholitas del siglo XXI abrigan más de 200 años de historia.

La vestimenta chola nació durante los tiempos coloniales, cuando los españoles obligaron a las indígenas del Altiplano a abandonar sus atuendos tradicionales para que comenzaran a usar las ropas entonces populares en

la península ibérica –la moda “chula”, después devenida “chola”–, con polleras a los tobillos, mantillas sevillanas y botas de media caña de tacón alto. Un relato popular del Altiplano cuenta que las cholitas terminaron de definir su vestimenta a inicios del 1900. El infaltable sombrero hongo fue adoptado por las cholitas cuando un vendedor de los varoniles sombreros borsalinos, intentando evitar pérdidas, engatusó a las chicas con la promesa de una segura fertilidad si usaban el sombrero. “Los tiempos han cambiado, pero lo mejor es que las señoras usen una falda. Pantalón solamente los varones pueden usar, y las cholitas que se ponen pantalón les chupan las piernas, pierde su forma. La cholita tiene que resaltar su forma con la falda, no pantalón”, decía Vicente Barrera, un legendario sastre potosino que vistió a buena parte de la burguesía chola de origen aymara que surgió de la mano del comercio, durante la década del ’40.

La moda chola sobrevivió a las revoluciones liberales y los cimbronazos estéticos del corto siglo XX. “La mujer de pollera concentra en su atuendo costumbres y características propias del encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo. El traje es una simbiosis que comenzó en la época colonial, pero tiene un innegable toque urbano-mestizo. Es más, la chola es la mayor expresión del mestizaje de Bolivia”, explica en sus escritos el antropólogo Freddy Maidana.

Hija bastarda del choque violento entre las vestimentas de damiselas europeas y mujeres indígenas del Altiplano, la moda chola contemporánea luce con orgullo ese híbrido europeo que se amalgamó con la milenaria tradición aymara y quechua, y que terminaron definiendo su toque único en los diseños de muchas de sus prendas. “Cuentan que las cholitas dejaron de hablar durante la colonia para tejer, y es en los tejidos donde está inscrita la verdadera historia de nuestro país”, me contó la escritora Virginia Ayllón en un cafecito cerca del panóptico paceño.

Lamentablemente, la discriminación y el racismo hacia la cultura chola no son mugres que la sociedad boliviana

na dejó atrás. Recuerdo los insultos que recibió la fallecida Silvia Lazarte, dirigente sindical y presidenta de la Asamblea Constituyente, cuando fue abucheada en 2007 por algunos parlamentarios y manifestantes al grito de “¡Chola ignorante!” y la violencia contra las mujeres indígenas de los días del golpe de Estado en 2019. Pese al viento en contra, la chola moderna no bajó los brazos y ganó escaños en los diferentes estrados de la realidad política, económica, social y cultural de Bolivia. “El matriarcado boliviano está más vivo que nunca, y todo lo hemos ganado sin dejar de llevar bien puestas nuestras polleras”, me dijo orgullosa Lidia Rojas, una estudiante de Derecho de la Universidad Mayor de San Andrés, la casa de estudios pública de la ciudad de La Paz. Al despedirse, me contó que su sueño era llegar a la presidencia.

Chola qué tal

Hasta no hace mucho, no era bien visto por la conservadora sociedad boliviana que una chola ingresara a una casa de estudios o a un hotel de los chetos. Segregación incomprensible en un país donde el 80% de la población se considera indígena. No obstante, la llegada de Evo Morales a la presidencia en 2006 marcó un antes y un después en la revalorización de las culturas de los indígenas y, obviamente, las cholitas no quedaron al margen. “Antes éramos discriminadas por usar polleras, hasta nuestros hijos sentían vergüenza. Pero los tiempos cambian y las mujeres de pollera tenemos el coraje de representar a la chola, de mostrarnos, es una forma de sentir orgullo boliviano”, contaba en entrevistas Lazarte, campesina de origen quechua que presidió el cónclave constituyente.

Desde Christian Dior hasta Martín Churba lanzaron modelos inspirados en la moda chola. En sintonía con la promoción de los valores indígenas que siempre llevaron como bandera los gobiernos del MAS, las cholitas vivieron su destape en la última década y media en las calles, en fiestas populares y en las pasarelas, donde lucen vistosos trajes que nada tienen que envidiarle al glamour de la moda mainstream. La fiesta del Gran Poder es el evento donde la chola paceña muestra todo ese glamour. Tuvo su última edición el pasado 25 de mayo en La Paz.

Las cholitas al Gran Poder

Al menos por unas horas, durante el Gran Poder los bolivianos olvidan que no tienen salida al océano Pacífico. Un mar de cholitas inunda las calles que bajan de los Andes. La fastuosa entrada del Señor del Gran Poder es la fiesta popular y religiosa más importante de Bolivia. Miles de bailarines y músicos toman la urbe por asalto. El Gran Poder representa la recuperación de la ciudad por parte de los indígenas del Altiplano. También, es una vidriera que anticipa las nuevas tendencias de la moda chola. Una suerte de pasarela a cielo abierto. Pude perderme varias veces en esta fiesta. Cerca del Cementerio General, las pibas de pollera corren al alba ultimando detalles. Un poco de maquillaje en las mejillas o algún retoque en las faldas o el sombrero y todas están listas para comenzar el recorrido por las alturas. Polleras decoradas con puntillas doradas, zapatitos forrados con aguayos tradicionales y blusas escotadas. “Todas vestimos con orgullo la pollera, hasta incluso las trans-

formers –así es como llaman a las cholitas que dejaron el pantalón por la pollera– se lookean para mostrar nuestra tradición”, me contó entre bailes Wendy Daza, una reina de la comparsa Amaba.

Los precios de la ropa de cholita son un tema aparte. Si una cholita se quiere vestir para causar impacto, el precio puede ser prohibitivo. Un sombrero de primera calidad puede llegar a costar más de 200 dólares, la mitad de un salario promedio. La mayoría de los tejidos y apliques de cholita son fruto del trabajo artesanal, y sus refinados detalles muchas veces conllevan prolongados tiempos en el proceso de diseño y producción. “Mucho más caro cuesta ser cholita. Una pollera de los últimos modelitos anda por los 40 dólares y una manta de vicuña puede costar más de 300. Es como llevar un traje de Armani”, me contó Mirtha Poma, una vendedora callejera de la avenida Max Paredes, en el barrio textil paceño. Pero las mañanas de la mujer andina pueden más que la especulación. “También las mujeres nos costuramos nuestras faldas. Es tradición de las que del campo venimos. La pollera no la vamos a dejar por los precios”, me dijo la reina de la comparsa Amaba, poco antes de comenzar a desfilar.

Cholitas en el ring

En la combativa ciudad de El Alto conocí a otra reina de las polleras. Carmen Rosa era la campeona nacional de catch. “Subir al ring con las faldas y el sombrero traza un puente con las cholitas de la audiencia. Como que me dan fuerza y a la vez les doy un mensaje de poder vencer a quienes tengan adelante”, me contó entre pelea y pelea la cholita catchascanista.

En la visita Al Alto me escoltó el eterno escritor Crispín Portugal, autor de un cuento fascinante sobre las cholitas peleadoras, se titula “Almha la vengadora”. En un barcito de La Ceja, suerte de Once alteño, Portugal me dio una clase de choledad: “El hecho de ser de pollera y aventurarse a luchar es una insignia que muestra la fuerza y el carácter de la cholita boliviana. Es un símbolo, un símbolo de la esperanza que tienen todas las mujeres bolivianas”. Recuerdo que Carmen Rosa dedicó el triunfo en la última pelea de la tarde a todas las mujeres de pollera presentes. La lucha había terminado por esa jornada. Antes de partir, la cholita saludaba a sus admiradores. Pero ojo, a no confundirse. “La cholita paceña es peleadora, no baja nunca sus brazos, tiene mucho carácter –me dijo su manager–, como buena streaper es. Se mira pero no se toca.”

Abstract: The Bolivian chola represents much more than a way of dressing; she is a symbol of identity, resistance, and culture. Her attire, which blends Spanish colonial influences with Andean roots, has survived centuries of discrimination, adapting to the times without losing its essence. Cholitas proudly wear polleras, shawls, and bowler hats, reclaiming their history in markets, streets, festivals, and even on fashion runways.

During the early years of Evo Morales' government, a movement to revalue Indigenous cultures helped strengthen the presence of pollera-wearing women in public, political, and academic spaces. Despite decades of racism and exclusion, cholitas have secured their place in Bolivian society—from the Gran Poder parade to the wrestling rings of El Alto.

Chola fashion is expensive, but it represents tradition, power, and femininity. In the words of those who live it, being a chola

is a lifestyle, an expression of Bolivian pride that doesn't follow fleeting trends, but instead remains firm, proud, and dazzling—a true symbol of mestizaje and feminine strength.

Keywords: Identity – Fashion – Resistance – Mestizaje – Pollera

Resumo: A chola boliviana representa muito mais do que uma forma de se vestir: ela é símbolo de identidade, resistência e cultura. Seu traje, que combina influências coloniais espanholas com raízes andinas, sobreviveu a séculos de discriminação, adaptando-se aos tempos sem perder sua essência. As cholitas usam polleras, mantilhas e chapéus com orgulho, reivindicando sua história nos mercados, nas ruas, nas festas e até nas passarelas.

Durante os primeiros anos do governo de Evo Morales, houve um impulso à valorização das culturas indígenas, fortalecendo a presença das mulheres de pollera nos espaços públicos, políticos

e acadêmicos. Apesar de décadas de racismo e exclusão, as cholitas consolidaram seu lugar na sociedade boliviana — do desfile do Gran Poder ao ringue de luta livre em El Alto.

A moda chola é cara, mas representa tradição, poder e feminilidade. Nas palavras de suas protagonistas, ser chola é um estilo de vida, uma expressão de orgulho boliviano que não se deixa levar por modismos passageiros, mas que segue firme, ativa e deslumbrante, como um verdadeiro símbolo de mestiçagem e força feminina.

Palavras chave: Identidade – Moda – Resistência – Mestiçagem – Pollera

(* **Nicolás García Recoaro**, Licenciado en Cs. de la Comunicación Social (UBA), docente en el Área Investigación y Expresión en la Facultad de Diseño y Comunicación (UP) desde el año 2009.

Teorías Aplicables al Diseño de Interiores: Explorando Perspectivas Innovadoras

Fecha de recepción: agosto 2023

Fecha de aceptación: octubre 2023

Versión final: diciembre 2023

Gastón Girod(*)

Resumen: El diseño de interiores se apoya en diversas teorías fundamentales que orientan y enriquecen sus propuestas. La *Teoría del Color* destaca por su influencia en la percepción del espacio, considerando atributos como el tono, la saturación y el brillo, además de conceptos como la armonía y el contraste. Autores como Munsell, Klee e Itten han contribuido con enfoques científicos y artísticos relevantes. La *psicología del color*, explorada por Eva Heller, profundiza en la carga emocional y cultural de los colores, esenciales para generar atmósferas acordes al contexto y al usuario. Adolf Loos aporta desde una mirada modernista con su crítica al ornamento y el desarrollo del *Raumplan*, que promueve la funcionalidad espacial. Por otro lado, la *proxémica* de Edward T. Hall destaca la importancia de las distancias interpersonales en la distribución del espacio interior. Además, principios como la ergonomía, proporción, equilibrio, ritmo y unidad, sustentan el diseño desde la *Teoría del Campo Visual*, asegurando funcionalidad, estética y coherencia. Integrar estas perspectivas permite fundamentar decisiones que resulten en ambientes habitables, cómodos y significativos para los usuarios.

Palabras clave: Diseño de Interiores - Teoría del Color - Proxémica - Ergonomía

Resúmenes en inglés y portugués en la página 158]

Al abordar el diseño de interiores, es esencial considerar teorías fundamentales que han dejado una marca indeleble en la disciplina. Teorías que aportan a la fundamentación y argumentación de una propuesta de diseño de interiores. Entre ellas la Teoría del Color, que indaga en cómo los colores interactúan y afectan nuestra percepción del espacio. Algunos conceptos claves incluyen, el tono, la saturación y el brillo. Estos atributos del color influyen en su apariencia y percepción. La armonía cromática que refiere a la combinación equilibrada y visualmente agradable de colores. Así mismo el contraste utilizado para resaltar elementos y crear impacto visual mediante la combinación de colores opuestos o contrastantes. Algunas publicaciones significativas en este cam-

po son, *A Color Notation* -Una Notación del Color- de Albert H. Munsell, publicado en 1905, donde desarrolla un sistema de notación para los colores que se sigue siendo utilizado hoy en día en diversos campos. También *The Thinking Eye* -El Ojo Pensante- de Paul Klee fue publicado en 1961 que es una recopilación de sus escritos y conferencias, ofreciendo una visión profunda de su enfoque sobre el arte y la teoría del color. También dos libros de Johannes Itten, *The Art of Color* -El Arte del Color- de 1961 y *The Elements of Color* -Los Elementos del Color- de 1970 -compilado y editado por Faber Birren a partir de los trabajos de Itten-. Obras fundamentales en la educación artística que tratan sobre la teoría del color desde una perspectiva práctica y educativa. Publicaciones que